

TIEMPO DOS / TIME TWO

Benedetta Tagliabue
Miralles Tagliabue EMBT

EN BLANCO. Revista de arquitectura N° 29. TIEMPOS DE MIRALLES. Año 2020.
(Páginas 62 a 63)
DOI: <http://dx.doi.org/10.4995/eb.2020.14383>

Recordar a Enric me encanta.

Ha sido mi manera de llevar estos últimos veinte años sin él. Me digo, como decía el poeta italiano Montale, que estudiábamos en la escuela: "*non recidere forbice*." ...No cortes, tijera del tiempo, mis recuerdos de él. No los transformes en niebla. Quizás por eso vivo sumergida en nuestro mundo, nuestro estudio, nuestra casa, nuestros proyectos, pero quizás también por esa misma razón le doy vida nueva a este antiguo mundo, quizás en el intento de mantener vivo el juego vital que siempre crean las relaciones.

¿Qué diría hoy Enric al ver mi blanco perro Hodor roncando en la alfombra persa? ¿Le horrorizarían los pelos que deja aquí y allá en nuestro cuidado mobiliario o se levantaría para acariciarle? ¿Y qué diría Enric de cómo hemos acabado sin él los proyectos que empezamos juntos? ¿Le gustaría el techo coloreado de Santa Caterina o me fulminaría con la mirada? ¿Y de la manera en que interpretamos sus dibujos en el foyer del Parlamento de Escocia y en el Campus de Vigo y del nuevo Pabellón de España en la China?

La tijera del tiempo todavía mantiene imágenes muy fuertes en mi memoria, imágenes de los primeros momentos cuando le conocí. Cómo entró y llegó desde de la puerta a la cena aquel día, casi la rompe al entrar con su fuerza exagerada, impulsado a la vez por el intento de ganar a su gran timidez. Su mirada, al observar una pequeña escultura en el suelo, parecía casi poderla levantar por las líneas de fuerza que salían de sus ojos cargadas de todos los pensamientos y sentimientos que allí confluían. Un verdadero hipnotizador de las cosas. Sus bellas manos hábiles al desembozar la bajante de la pila, con agilidad y elegancia y con esa fuerza tan capaz. Quizás la tijera del tiempo me ha dejado esos momentos en la memoria porque fueron muy importantes para despertar mi curiosidad hacia Enric. Eran indicios de su excepcionalidad.

Después ha venido la aventura. Inventar cada día una manera de relacionarme. Moverme en una tierra que desconocía y que descubría a su lado. Juntos íbamos a descubrir muchas cosas desconocidas para los dos, como los viajes a Japón, aprendiendo a comer pescado crudo y a sentarnos en el suelo con las piernas debajo de unas mesitas bajas. Nuestra vida se movía entre proyectos: proyectos que venían de fuera, pero muchas veces proyectos inventados, propios. Nunca tuvimos la sensación de no tener proyectos en la mesa, aunque es verdad que muchas veces no teníamos encargos. Inauguramos nuestro nuevo estudio de arquitectura con una ópera italiana, escrita y musicada *ex novo* por amigos artistas. Inventamos abrir una exposición en el Pabellón Mies van der Rohe con lentejas estofadas y garbanzos con espinacas (así tuvimos al público que nunca viene al mediodía).

Y cuando los encargos llegaban de verdad, como en el caso del Parque de Mollet del Vallés, nunca nos acabamos de creer que fueran reales. Así podíamos seguir jugando con ellos y, por ejemplo, imaginar que ese nuevo parque, una parcela entre el campo y la periferia, se podría llenar de grafitis, como ya estaba ocurriendo en ese lugar. Pero estos serían grafitis magníficos, unas evidentes obras de arte. Se harían gigantes y se moldearían en el hormigón, flotando sobre las cabezas de la gente, como muros del edificio elevado que nunca fue. Serían de cerámicas baratas, como las de muchas fachadas ilegales de la periferia, con ese entramado de ladrillos. Los grafitis gigantes dibujarían una planta, toda llena de colores, como si estuvieran hechas con pinturas espráis gigantes. Todo más grande, todo cambiando la escala, como jugando a ser Alicia en el País de las Maravillas. No creíamos que se llegarían a construir, quizás por eso seguimos jugando.

En el Campus de Vigo el juego fue diferente. Tampoco creíamos que realmente se construiría. Recuerdo una visita dolorosa del Rector y del consejo a nuestra casa. Enric era escurridizo, pero tenía sus razones. Encontrándome a solas el Rector me preguntó: "¿Benedetta, ¿qué hacemos con Enric? Parece no entender que queremos este campus construido ya." "Domingo, no te preocupes. Ahora vamos a Houston. Y después te prometo que nos dedicaremos a tu Campus, hasta el final." Así lo podéis ver ahora.

¿Qué diría Enric?

I love reminiscing about Enric.

It has been my way of getting through these last twenty years without him. I tell myself, as the Italian poet Montale said, that we studied at school: "*non recidere forbice*..." Scissors of time: don't cut my memories of him. Don't turn them into mist. Perhaps that is why I live immersed in our world, our studio, our house, our projects, but perhaps for the same reason I also breathe new life into this old world, maybe in an attempt to keep alive the vibrant interplay that relationships always create.

What would Enric say today when he sees my white dog Hodor snoring away on the Persian carpet? Would he be horrified by the hairs he leaves all over our well-kept furniture, or would he get up to pet him? And what would Enric say about how we have completed the projects we started together on our own? Would he like the coloured ceiling of Santa Caterina, or would he glare at me? And what would he say about the way we interpreted his drawings in the foyer of the Scottish Parliament and in the campus of Vigo University, and the new Spanish Pavilion in China?

The scissors of time still hold very strong images in my memory, images of the first moments when I met him. How he entered and arrived from the door to the dinner that day, almost breaking it as he entered with his exaggerated strength, driven at the same time by the attempt to win over his great shyness. His gaze, as he looked at a small sculpture on the floor, almost seemed to be able to lift it by the lines of force that came out of his eyes, charged with all the thoughts and feelings that converged there. A true hypnotist of things. His beautiful hands, skilfully unblocking the downpipe of the sink with agility and elegance and with such consummate strength. Perhaps the scissors of time have left those moments in my memory because they were very important in awakening my curiosity towards Enric. They were signs of his exceptionality.

Then came the adventure. Inventing a way to relate every day. To move in a land that was unknown to me, and which I discovered at his side. Together we were going to discover many things that were unknown to both of us, such as trips to Japan, learning to eat raw fish and to sit on the floor with our legs tucked away under low tables. Our life revolved around projects: projects that came from outside, but often projects that we invented, projects of our own. We never had the feeling of not having any projects on the table, although it is true that we often did not have any commissions. We opened our new architectural studio with an Italian opera, written and set to music *ex novo* by artist friends. We invented an exhibition in the Mies van der Rohe Pavilion with stewed lentils and chickpeas with spinach (so that we would have the audience that never comes at midday).

And when the commissions really arrived, as in the case of the Mollet del Valles Park, we never really believed that they were real. That way, we could continue to play with them and, for example, imagine that this new park in a plot between the countryside and the outskirts could be filled with graffiti, as was already happening there. But these would be magnificent graffiti, obvious works of art. They would become enormous and would be moulded into the concrete, floating above people's heads, like the walls of a tall building that never was. They would be made of cheap ceramics, like those on many illegal suburban façades, with that latticework of bricks. The giant graffiti would draw a plant, full of colours, as if they were made with giant sprays. Everything bigger, everything changing scale, like playing Alice in Wonderland. We never thought that they would actually be built, and maybe that's why we kept playing.

In the campus of Vigo University, the game was different. We didn't think it would really be built, either. I remember a particularly painful visit by the Vice-Chancellor and the Council to our house. Enric was elusive, but he had his reasons. Finding myself alone, the Vice-Chancellor asked me: "Benedetta, what are we going to do with Enric? He doesn't seem to understand that we want this campus built now." And I said to him, "Domingo, don't worry. Now we are going to Houston. And then I promise you that we will dedicate ourselves to your campus, until the end." And that's how you can see it now.

What would Enric say?